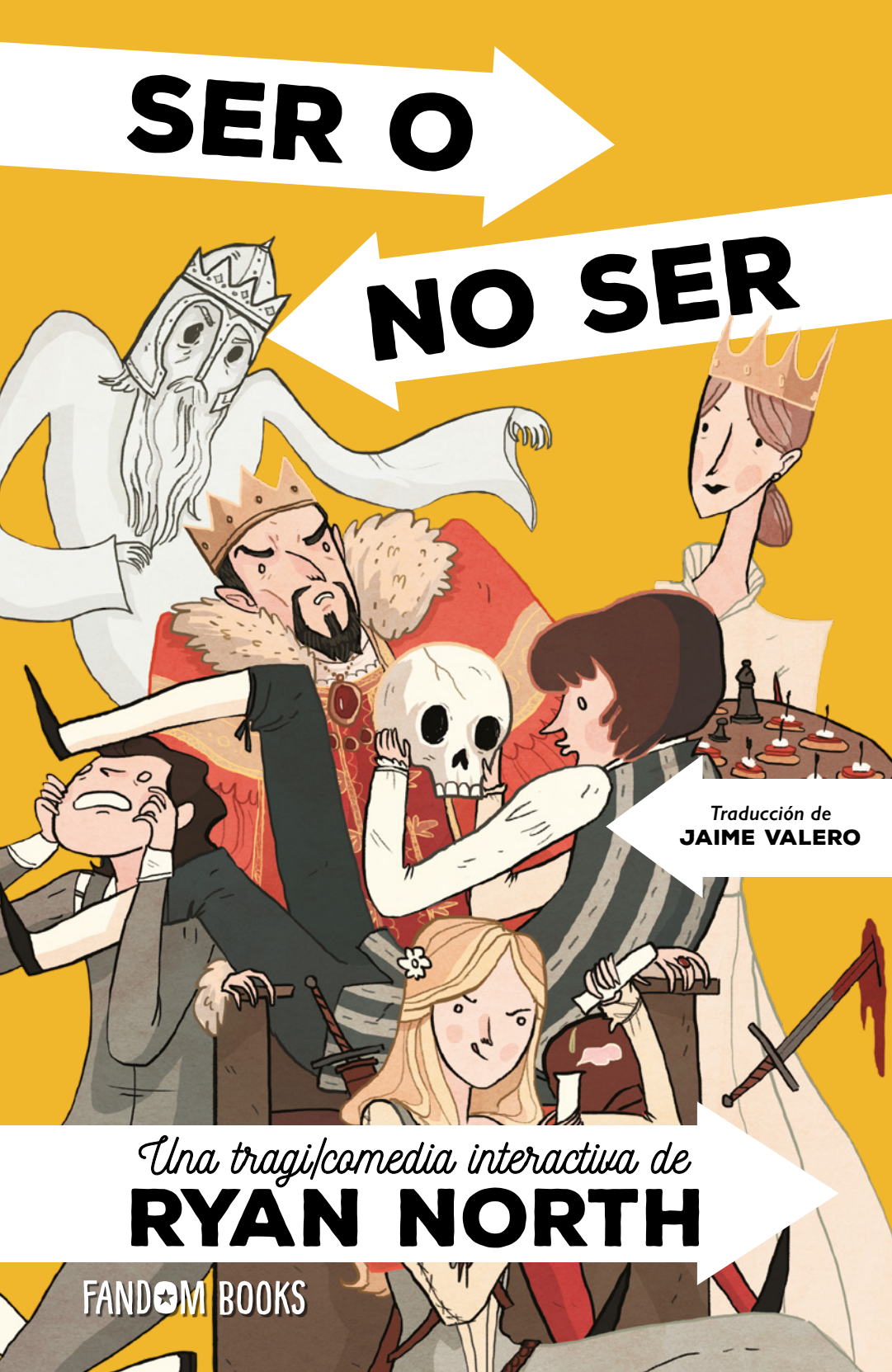




SER O

NO SER

Traducción de
JAIME VALERO

Una tragi/comedia interactiva de
RYAN NORTH

FANDOM BOOKS

Título original: *To Be or Not To Be.*
A Chooseable-path Adventure by Ryan North,
William Shakespeare and YOU.

1.ª edición digital: octubre de 2025

© Del texto: Ryan North, 2023
Publicado mediante acuerdo con
The Foreign Office Agència Literària, S.L.
y The Gernert Company.
© De las ilustraciones interiores: Varios artistas
(véase página 375 en adelante), 2025
© De la ilustración de cubierta: ND Stevenson Inc., 2025
Permiso de reproducción obtenido a través de InkWell Management,
que actúa en representación de su cliente, N. D. Stevenson.
© De la traducción: Jaime Valero, 2025
© De los fragmentos de *Hamlet* (Alianza Editorial): Luis Astrana Marin, 2011
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21. 28027 Madrid
www.fandombooks.es

Edición electrónica sobre la 1.ª edición impresa
ISBN: 978-84-19831-25-5

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

SER O NO SER

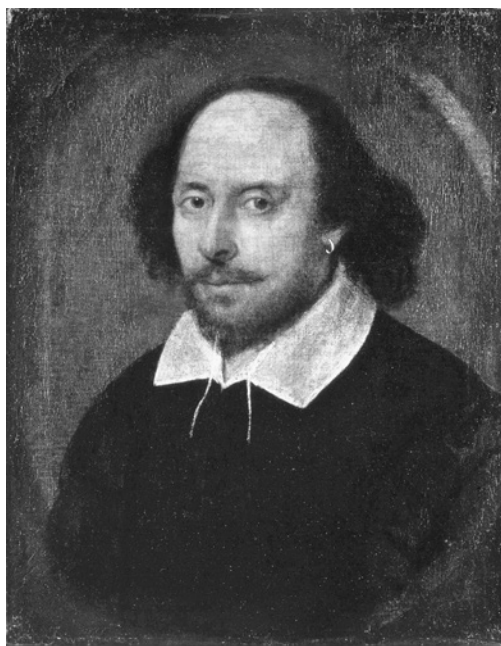
Una aventura interactiva

DE RYAN NORTH,
WILLIAM SHAKESPEARE Y TUYA,
Y TRADUCIDA POR JAIME VALERO

FANDOM BOOKS

Para Bea

INTRODUCCIÓN



William Shakespeare (nacido en 1564 y fallecido cuando sea que se muriera) tenía fama de tomar cosas prestadas de la literatura ya existente cuando escribía sus obras de teatro. Buena parte de *Romeo y Julieta* la fusiló del poema de Arthur Brooke titulado «La trágica historia de Romeus y Juliet». El pavo ni siquiera cambió los nombres. Y según han revelado recientes estudios al respecto, su afamada obra *William Shakespeare presenta: ¡Hamlet!* está sacada del volumen que estás a punto de degustar: *Ser o no ser*.

Ser o no ser es el ejemplo más antiguo del que se tiene constancia del género «libro-juego», así como la primera muestra en lengua inglesa, por entonces recién acuñada, de una aventura elegida por ti, el lector.

Nos hemos adelantado y le hemos añadido ilustraciones. Además, nos hemos tomado la libertad de señalar con unas diminutas calaveras de Yorick las decisiones que tomó el propio Shakespeare cuando plagió este libro allá por los tiempos de Carracuca. Están ahí por si acaso quieres meterte en la piel de Shakespeare, leyendo este libro como lo hizo él, robando elementos argumentales a tutiplén y embelleciendo el lenguaje sobre la

marcha. No obstante, ¡esa no es la única manera de leer este libro! Siéntete libre de explorar las demás opciones, pues cada vez que abras este volumen podrás embarcarte en una aventura diferente, suponiendo que no te leas el libro 3 001 132 326 094 379 veces, momento en que las aventuras empezarán a repetirse. De hecho, bastante antes de esa cifra, ya te resultarán bastante familiares.

Ahora, remóntate hacia atrás en la Historia, hasta una época en la que los fantasmas caminaban por la Tierra y nadie tenía la menor idea de la existencia de los velocirrapectores. Disponte a experimentar la magia de Shakespeare tal y como el concibió que debía experimentarse: dentro de una estructura narrativa no determinista donde es habitual pensar que has tomado la decisión equivocada, así que por eso dejas señaladas las páginas que acabas de leer para poder volver atrás y tomar una decisión diferente en caso de que la palmes por alguna razón absurda.

Ser o no ser: esa es la aventura.

Ryan North

CÉLEBRE ACADÉMICO/ENTUSIASTA DE SHAKESPEARE



¡Elige tu personaje! *Veal 1.*

Uf, casi prefiero leer primero los agradecimientos: *Veal 264.*

¡Oye, oye, para el carro, vaquero! Al final de ese último fragmento se suponía que ibas a tomar una decisión para luego pasar al pasaje que refleja esa elección. Pero en lugar de cumplir esas instrucciones, ¡has seguido leyendo del tirón, como si esto fuera un libro corriente! ESTE LIBRO ES UN DESMADRE. ¿¿CÓMO SE TE OCURRE ACTUAR COMO SI ESTO FUERA UN LIBRO NORMAL??

La palmas sin haber elegido siquiera a tu personaje, FIN, y tu puntuación final es de «aprende a leer con más atención la próxima vez» en una escala del 1 al 1000.

¡Lo que hay que ver!

¡¡Menuda puntuación más cutre!!

1

¡Acabas de nacer! Enhorabuena, ¡has bordado esta parte! Pero, SORPRESA, los bebés son un rollo, así que vamos a dar un salto en el tiempo hasta una época en la que eres adulto y ya has vivido un buen tramo de tu vida, aunque te prometo que la mayoría de lo que nos hemos saltado era un peñazo. Te dedicaste a comer y dormir mucho, hiciste unos cuantos amigos, derramaste unas cuantas lágrimas, te morreaste todo lo que pudiste, etc. Todo ese típico rollo de instituto. ¡Lo guapo empieza ahora!



FIN

Así pues, ¡manos a la obra, colega!
Mmm..., ¿me recuerdas quién eres?

¿Ofelia? Es una tía chulísima de veintitantos años, con un actitud serena, competente y resolutiva. Tiene un +1 en ciencia, pero también una penalización de -1 con el agua, ¡así que estate al loro!

¿Hamlet? Es un emo adolescente en el cuerpo de un treintañero. Además, es el príncipe de Dinamarca. Hamlet tiene un +1 de resistencia a la magia, pero no hay magia en esta aventura, así que nadie volverá a mencionar este detalle desde... YA.

¿Hamlet padre? Es el rey de Dinamarca, de cincuenta tacos. Se le da superbién luchar, liderar ejércitos en el campo de batalla y echarse la siesta. Démosle... ¿un +1 en cada una de esas cosas? En resumen: es una imparable máquina de matar y, en caso de que elijas ser él, es POSIBLE que experimentes la gloria de la realeza.

Juegas como Ofelia: *Veal 31.*



Juegas como Hamlet: *Veal 14.*

Juegas como Hamlet padre: *Veal 434.*

2

Miras a tu alrededor y ves a Horacio, el amigo de Hamlet. Tiene una cara de susto que no puede con ella.

—Hola —dices—. Escucha... Eres Horacio, ¿verdad? Oye, no pongas esa cara de susto.

Horacio suaviza un poco el gesto. Eso es bueno.

—Oye, cuando se despierte Hamlet, ¿puedes decirle que mi propio hermano me ha asesinado? —preguntas—. Dile que me apetece vengarme un poquito.

Horacio asiente con resignación.

—Si él no quiere hacerlo, yo me aseguraré de vengaros, señor fantasma de Su Majestad.

—Con que digas «señor» es suficiente —replicas, sonriendo de un modo que esperas que resulte reconfortante. Luego te quedas mirando a Horacio un rato—. Bueno, pues nada. Estupendo.

Horacio te mira. Tú lo miras a él. Se rebulle un poco en el sitio.

—En fin, supongo que ya está —dices—. Ahora que mis asuntos pendientes, mmm, ya no están pendientes, imagino que es hora de que me muera de verdad.

Te desvaneces con una luz centelleante, convencido de que, dado el carácter intensito de Hamlet y la probable diligencia de Horacio para cumplir órdenes, tu venganza se verá cumplida en un periquete. ¿Qué podría salir mal? Exacto. Todo apunta a que esto está resuelto al cien por cien.



← *Veal 31.*



← *Veal 14.*



Veal 434.



Lástima que no puedas quedarte a comprobar cómo se desarrolla la venganza, pero tú no has inventado las reglas.

¡Vaya!

Supongo que estás a punto de averiguar quién las inventó, si es que alguien lo hizo.

Veal 352.

3

¡¡No hay nada especial en esta zona!!

Te queda(n) 5 turno(s).

¿Te fijas mejor?: *Veal 239.*

4

—¡Oh, la más inicua de las mujeres! —añades, insultando no solo a la reina Gertrudis (la mujer a la que tu padre amaba, veneraba, y con la que se casó), sino también a todas las mujeres en general.

RINCÓN DE LA CIENCIA: entre los sinónimos de «inicua» se incluyen «pérfida» e «infame», y la palabra en sí misma sugiere que cabe esperar un daño a largo plazo por haber estado en contacto con aquello que se está describiendo en esos términos.

¡Qué fino, Hamlet!



Lo dejas ahí y regresas con Horacio: *Veal 117.*

5

Te quedas mirando fijamente al fantasma y tu cerebro se desconecta. Entonces te desplomas, inconsciente. Mmm, ¿sorpresa?

¡Ahora eres el fantasma!

Ante ti está el cuerpo inconsciente de tu hijo, Hamlet. Parece que ha tropezado con demasiadas pelotas. Sí, seguro que eso es lo que ha pasado. Había un montón de pelotas repartidas por la zona, y Hamlet tropezó con varias de ellas. Puede que con un montón. En resumen: había DEMASIADAS pelotas tiradas por aquí.

Esperabas algo más de tu hijo. Para ser exactos, esperabas poder decirle que tu hermano te asesinó y que él debería, no sé, *vengar tu muerte*. Sin embargo, tienes delante a un tipo al que ni siquiera puedes tocar. Introduces un dedo en la cabeza de Hamlet, pensando que a lo mejor se despierta si le hurgas en la sesera. Pero los cerebros no funcionan así. Al menos, no con dedos inmateriales compuestos de ectoplasma o algo así. Y no haces que tu dedo se vuelva sólido, lo cual está bien, porque no hay duda de que así lo habrías matado.

Esperas a que se despierte: *Veal 309.*

Compruebas si hay alguien más a quien puedas contarle lo del asesinato: *Veal 2.*

6

Los tres os ponéis a hablar con la escritora, que es muy maja. Resulta que es Christina Marlowe, la autora de *El asesinato de Gonzago: ¡una historia donde eliges tu propia aventura!* ¿Podrás asesinar a tu hermano Gonzago, y luego, haciéndote pasar por el hijo de tu difunto hermano, matar al usurpador de tu tío? Espero que sí. Elige entre 300 desenlaces diferentes.

Es uno de tus libros favoritos, y así se lo comunicas, haciéndole preguntas sobre los personajes, las motivaciones y cómo se las ingenió para hacer esa movida de las elecciones.

Mientras los cuatro charláis, Polonio entra en la sala y trata de meterse en la conversación, pero a ninguno de los presentes le cae bien. Christina no hace ningún esfuerzo por incluirlo y eso hace que la adores todavía más.

Empiezas a citarle tu pasaje favorito (el texto de la contraportada) y Christina toma el relevo cuando se te olvidan algunas palabras. Dice así:

—Todavía estás cabreado porque tu padre murió asesinado a manos de su hermano. Deberías matarlo para vengarte, y esa, amigo mío, es una idea estupendástica. ¿Decides esperar para asesinarlo?

—¡¡No!! —gritáis Rosencrantz, Guildenstern y tú al unísono.

Christina sonrío. Polonio murmura: «Menudo rollo», pero a nadie le importa.

—Excelente. Entonces te cuelas por la noche en su habitación y le rebanas el pescuezo. Un torrente enorme de sangre emerge del cuello, con tanta presión que atraviesa el techo y forma un glorioso géiser rojo por encima del tejado. Un niño que pasaba por allí ve el géiser y dice: «Ostras», y mientras dice el «tras» de «ostras», un chorro de sangre se le mete en la boca. Es increíble. Has ganado 1000 puntos. El chaval del «ostras» se lleva 50.

Los tres os reís, aplaudís y soltáis vítores, mientras Christina sonrío con cortesía y Polonio merodea por ahí con los brazos cruzados.

—Bah, yo quería esperar antes de matarlo —refunfuña.

Christina ha recitado su libro con tanta pasión que en el fondo te sientes un poco mal por no haber asesinado aún a tu propio tío.

Un momento, ¡se te acaba de ocurrir una idea!

Vas a asesinar a tu tío: *Veal 138.*



En vez de asesinar a tu tío, ¡vas a buscar tu ejemplar del libro! Así podrás conseguir que te lo firme y luego decirle a Claudio que se lo lea. De este modo, si elige la opción «asesinar a tu hermano» y pone cara de culpable, sabrás que lo hizo él, aunque ya lo haya investigado un fantasma y te dijera que fue él: *Veal 59.*

7

Regresas al lugar donde te está esperando Horacio.

—Oye, Horacio, no comentes con nadie el asuntillo este mío con el fantasma ¿vale? Tenemos que mantenerlo en secreto.

—Dicho y hecho, socio —responde Horacio.

—¡Hablo en serio, tío! —exclamas, sujetándolo por los hombros—. Aquí va a pasar una MOVIDA MUY SERIA y necesito que lo mantengas en secreto. Jura que no hablarás nunca de esto.

—Lo juro —dice Horacio.

—JÚRALO —retumba la voz de tu padre, surgida de ninguna parte.

—¡Ya lo ha hecho! —exclamas. Después miras a Horacio a los ojos y añades—. ¡Oh! Por alguna razón, puede que me haga pasar por loco durante un rato, pero solo será una pantomima, así que no te rayes.

—Pondré todo mi empeño en no rayarme —dice Horacio—. Pero ¿de qué va todo esto?

—Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio... —comienzas a disertar.

—De lo que ha soñado mi filosofía —concluye tu amigo—. Vale, sí. Lo que tú digas.

Ya es más de medianoche y es probable que Claudio se esté pillando un buen pedo. ¿Qué haces?

Te despidas de Horacio y vas a matar a Claudio: *Veal 138.*



Te vas a echar a casa un sueñecito: *Veal 82.*

8

Alzas las mano al cielo y Rosencrantz y Guildenstern lo entienden de inmediato. Ellos también levantan las manos y ejecutáis una técnica pocas veces vista: EL TRIPLE CHOQUE ESPONTÁNEO ENTRE COLEGAS (MULTIPLICA POR 3 LA HABILIDAD AMISTAD MUTUA).

Qué bien te caen estos tíos.

¡Guau! ¡Has ganado 2 puntos de carisma!

Les preguntas qué tal les va la vida: *Veal 13.*

9

Esto es lo que recitas sin dirigirte a nadie en concreto:

—Ser o no ser: ¡he aquí el problema! ¿Qué es más elevado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante Fortuna, o tomar las armas contra un piélago de calamidades y, haciéndoles frente, acabar con ellas? ¡Morir..., dormir; no más! Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne... He aquí un término devotamente apetecible:



morir..., dormir. ¡Dormir! Tal vez soñar. ¡Sí, ahí está el obstáculo! Porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sueño de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida. ¡He aquí la reflexión que da existencia tan larga al infortunio! Ostras. ¡BIEN DICHO, Hamlet!



¡Eh, espera un momento! ¡Ha venido Ofelia!: *Veal 32.*

11

Esto es lo que recitas sin dirigirte a nadie en concreto:

—¿Ser? No, no ser: ¡he aquí la respuesta! ¿Qué es más elevado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante Fortuna, o tomar las armas contra un piélago de calamidades y, haciéndoles frente, acabar con ellas? Sí, eso suena bien. ¡Morir..., dormir; no más! Y pensar que con un sueño doy fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne... He aquí un término devotamente apetecible, y por eso he decidido hacer precisamente eso: morir..., dormir. ¡Dormir!... Tal vez soñar. ¡Sí, ahí está el obstáculo! Porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sueño de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida. Pero a mí no me detienen esas rayadas, y supongo que por eso a las damiselas se les cae la baba conmigo. Porque a las pibitas les molan los hombres de acción. ¡Y eso es lo que soy, señoritas!

Es un discurso precioso; no se te ocurrirá un epitafio mejor que ese. Le pegas un trago al veneno, pero por desgracia te atragantas un poco, así que tus últimas palabras suenan en plan: «Arrghah, ggghhhhh, bleh». Pero tampoco hay nadie ahí para escucharlas, así que no es para tanto, ¿verdad? ¡Anima esa cara!

Veal 425.

12

De camino a la habitación de tu padre pasas junto a la capilla (vives en un castillo guapísimo, ¿lo sabías?), ¡y allí te topas nada menos que con Claudio, que está absorto en una oración! Por lo visto, cuando se fue corriendo a su cuarto, al final optó por ir a la iglesia a rezar. Menudo flojucho está hecho.

Espera un momento.

PODRÍAS DARLE BOLETO EN UNA IGLESIA. ¿A que sería flipante?



¡Sí, flipante! ¡A matar a Claudio en la capilla!: *Veal 83.*

No es momento de asesinar, ¡tienes una cita con tu madre!: *Veal 24.*

13

—¿Qué tal os va la vida, caballeros? —preguntas—. A mí bien, excepto por las, ejem, pesadillas. ¡A lo que íbamos! ¿Qué os trae por aquí?

Ambos se miran.

—¿Qué...? Mmm, ¿qué quieres decir con eso? Esto, ¿por qué no hablamos mejor de tus... planes y motivaciones? —pregunta Rosencrantz.

Menudo bajonazo. ¡Lo sabías! ¡Los ha enviado Claudio! ¡Han venido para espiarte!

—¿De veras? Vamos, chicos. ¿Os han enviado para espiarme? —inquieres.

—Bueno, mmm..., sí —responde Rosencrantz—. Más o menos.

—Jopetas, ¡lo sabía! —exclamas—. Mirad, os lo pondré fácil. Ya sé que últimamente estoy en plan emo, todo el día con cara larga. Y aunque aún no tenemos una definición para eso, estoy casi seguro de que padezco lo que se conoce como «DEPRESIÓN CLÍNICA». Nada más. —Suspiras y después los miras con una sonrisita—. Supongo que soy de lo que no hay, ¿eh?

—¿Te importaría explicar eso con más detalle? —dice Rosencrantz.

Respondes:



«¡Cuenta con ello, amigo!»: *Veal 69.*

«No, tío, ¿es que no me has oído? Padezco depresión clínica»: *Veal 81.*

14

¡Eres Hamlet! Tienes treinta tacos y has regresado a casa de tus padres, pero no pasa nada, porque esa casa es un castillo. Así es, señoritas: eres un PRÍNCIPE.

Últimamente estás pasando por una mala racha. Estabas intentando concentrarte en tus estudios en la Universidad de Wittenberg, donde pasabas el rato con tus colegas Horacio, Rosencrantz y Guildenstern, pero te convocaron a casa porque tu padre murió. Entonces el hermano de tu difunto padre (¡Claudio!) se casó con tu madre (¡Gertrudis!) dos semanas más tarde. Así es. Eso te dejó un poco a bolos: tú volviste corriendo a casa para consolarla, y resulta que ella se había casado con tu tío. Y eso es raro. La leche de raro.

Ahora mismo estás en la sala de audiencias del castillo de tu padre, en la soleada Dinamarca. El rey Claudio está aquí, dirigiéndose a su corte. Laertes y Polonio también están presentes. Laertes es un poco idiota y Polonio es su padre. También es el padre de Ofelia, la chica que te hace tilín. Pero ella no está aquí. ¿Quién sabe qué aventuras estará viviendo en este momento, mientras tú estás encerrado en este castillo lleno de corrientes de aire, escuchando cómo otras personas hablan de sus sentimientos?

15

CASA DUNCAN



MACDUFF

Escocia
Horticultura
Debate, esgrima
«¡Escocia, Escocia!»



HAMLET H. HAMLET

n. Jutland, Dinamarca
Ldo. Filosofía
Clubes de filosofía (presidente),
debate, teatro, esgrima

«No hay nada bueno ni malo,
nuestra opinión le hace serlo».



TAVISH JAMES MACBETH

n. Moray, Escocia
Ldo. Ciencias Políticas
Teatro, golf, reservistas

«¿Es un chupito eso que veo ante mí?».

Casa Duncan
bacoa anual



FIN

Y hablando de hablar: Laertes acaba de preguntar si, ahora que Claudio es rey y que él ha asistido a la coronación, le dan permiso para volver a Francia.

—Vale —responde Claudio.

Espera un momento. A ti también te encantaría marcharte y volver a la uni, ¡lejos de ese rollo raro e incestuoso en el que se ha metido tu madre! ¡Es raro e indecente!



Le pides permiso a Claudio para volver a la uni: *Veal 63.*

Te muerdes la lengua y esperas a ver qué pasa: *Veal 544.*

16

Concluyes este momento tan tierno amenazando a la mujer que te dio a luz y te largas.

Ay, Hamlet. ¿Qué vamos a hacer contigo?

De camino a la puerta te topas con tus panas Rosencrantz y Guildenstern.

—¿Os apetece salir de aquí? —preguntas, y ellos admiten que les gustaría montar una fiesta en un barco.

¿Sabes qué? Eso suena bien. Así cada uno tendrá su espacio, al tiempo que compartís un buen rato a bordo de un navío. Suena muy muy guay.

—¡Hay un barco que partirá para Inglaterra dentro de unas horas! —exclamas. Lo sabes porque los barcos que van a Inglaterra suponen un gran acontecimiento.

Envías a varios sirvientes a que retiren el cuerpo del difunto Polonio y a otro para que atienda a tu madre, y después haces la maleta.

Unas horas más tarde, ¡tus colegas y tú estáis de farra en un barco!



¡¡Fiesta a bordo!!: *Veal 148.*

17

Te aclaras la garganta y extiendes una mano por delante de ti. ¡Esto es lo que dices!

Ahí va esta hueste tan imponente, conducida por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu henchido de divina ambición le hace mohínes al invisible éxito, aventurando lo que es mortal e incierto a todo cuanto puedan osar la fortuna, la muerte y el peligro, tan solo por una cáscara de huevo. Verdaderamente, el ser grande no consiste en agitarse sin una razón poderosa; antes bien, en hallar noble querella por un quítame allá esas pajas cuando está en juego el honor. ¿Qué papel estoy, pues, haciendo yo que tengo un padre asesinado y una madre mancillada, fuertes acicates para mi razón y mi sangre, y dejo que todo duerma en paz? Mientras que, para vergüenza mía, estoy viendo la muerte inminente de estos veinte mil hombres, que por un capricho y una ilusión de gloria corren a sus tumbas cual si fueran lechos, y pelean por un trozo de tierra tan reducido que no ofrece espacio a los combatientes para sostener la lucha, ni siquiera es

un osario bastante capaz para enterrar a los muertos. ¡Oh! ¡A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos, o no merezcan sino baldón!

¡No está mal, no está mal! Rosencrantz y Guildenstern tienen la consideración de hacer como si no oyeran nada. Son buena gente.



Seguís de farra en el barco: *Veal 20.*

18

Te metes en el acelerador cuántico y el mundo se desvanece a tu alrededor. Estás rodeado por la negrura más oscura que has visto en tu vida.

Cuando te quieres dar cuenta, el mundo se está recomponiendo a tu alrededor. Tomas constancia de una luz que empieza a proyectarse sobre ti, de un calor que no has sentido desde hace milenios y que comienza a calentar tu cuerpo. Notas que te estás volviendo real, corpóreo. Miras a tu alrededor y el mundo se vuelve cada vez más sólido a cada segundo que pasa, mientras te aproximas a la culminación de tu salto. Ya falta poco, Hamlet.

Completa el salto: *Veal 91.*

19

Silbas y te sientas en el suelo, en mitad de la habitación. La postura resulta un poco incómoda, así que te estiras de costado, sujetándote la cabeza con un brazo y con el otro apoyado en las caderas. ¡Listo! ¡Nadie podría hacerse el sueco mejor que tú!

La puerta se abre y entra nada menos que Corambis, ¡el hermano gemelo de Polonio! Lo reconoces de haberlo visto en la corte real.

—He abierto la puerta, así que ya puedes sa... —comienza a decir, pero se interrumpe—. Eh, ¿qué está pasando? —Corambis mira a su alrededor—. ¿Por qué te estás haciendo el sueco? ¿Y por qué has acuchillado esa cortina?

Se asoma detrás de la cortina y ve lo que has hecho. Comienza a gritar, a gritar y a gritar, y, tanto si decides matarlo como si no, un puñado de gente ya ha echado a correr hacia aquí. Estás vendido.

Claudio descubre tu crimen y te condena a muerte. Tus últimas palabras son estas:

—¡Ay, mierda, ojalá hubiera ocultado mejor mis asesinatos! Si tuviera la oportunidad de volver a hacerlo, seguramente me desharía de ese cuerpo de otra forma.

—Obvio —dice el verdugo que se dispone a ahorcarte.

Veal 547.

20

Montar una fiesta en un barco está genial, ¡pero no dura para siempre! Al cabo de varias horas, la fiesta está de bajón y todo el mundo empieza a irse a la cama. Rosencrantz, Guildenstern y tú os vais a tu camarote dando tumbos. Tres tíos guais en un cuarto molón. ¿Qué tal una... FIESTA PRIVADA?

Al día siguiente, cuando te despiertas, todavía notas los efectos de la fiesta de la noche anterior. Te pones la camisa, pero notas algo raro en ella... ¡Resulta que es la camisa de Rosencrantz! Guau. Mientras te la quitas, se cae una carta del bolsillo. Rosencrantz se despierta, se mete contigo por ponerte su ropa y luego se fija en la carta.

—Oye, Hamlet, se te ha caído algo.

—No, tío —replicas—, esa carta es tuya. Esta es tu camisa.

Le pasas la prenda. Él la agarra.

—Esa carta no es mía, *bro* —replica mientras se viste—. Alguien debió de meterla ahí ayer sin que me diera cuenta. ¿Qué pone?

Cuando le das la vuelta, te das cuenta de que tiene un sello real en el reverso.

—¡Es del rey Claudio! —exclamas.

—¿¿Qué?? —responden tus amigos.



Abres la carta: *Veal 272.*

No la abres. Tiene un sello oficial: *Veal 207.*

21

¡Esto es la bomba! Y va a salir genial, porque ¿quién podría saber mejor cómo matar a alguien que una persona que ha pasado hace poco por el proceso de recibir matarile? Esperas hasta que Claudio se queda dormido (AL LADO DE TU VIUDA), luego lo despiertas dándole unos golpecitos en la frente.

—¡Eh, soy yo! —susurras—. ¡Tu hermano! ¡¡El mismo al que asesinate!!

—Ay, mierda —responde Claudio, susurrando también—. ¿Los fantasmas existen?

—Sí, y este está muy cabreado contigo —replicas—. Iré al grano: vivimos en una época en la que la doctrina del ojo por ojo está bien considerada, hasta el punto de haber construido un sistema judicial en torno a esa idea. Así que he venido a matarte.

—¿Cómo? —pregunta Claudio con los ojos como platos, aterrorizado.

—Buf, hay muchas maneras. —Las enumeras con los dedos—. Podría pegarte un susto y hacer que te dé un ataque al corazón, pero eso llevaría tiempo. Podría arrojarte un tiesto a la cabeza, pero carece de sutileza. En cambio, mira esto.

Mueves tu cuerpo fantasmal de tal manera que quedas flotando por encima de Claudio. Tu hermano se queda mirándote con los ojos desorbitados.

—Lo siento —susurra.

—Ya es TARDE para eso —replicas.

Desciendes hacia él, cara a cara, y sigues avanzando. Su cara domina tu campo de visión y entonces te introduces en su cráneo, en su cerebro rosado, su sangre te nubla la vista. Te hundes en él lentamente y cada vez más a fondo, alineando tu cuerpo fantasmal con su cuerpo convencional, hasta que los dos ocupáis exactamente el mismo espacio.

Entonces te vuelves corpóreo.

Lo que ocurre entonces sucede tan rápido y con tanta fuerza que es difícil describirlo, pero «Claudio revienta por todas partes» viene a ser una buena aproximación. Tú estás bien, pero esto da una grima que no veas. Gertrudis se despierta chillando y chorreando entrañas.

Amigo mío, te has cobrado tu venganza.

Ruedas hasta ponerte boca arriba y te disculpas con Gertrudis. Le explicas entre sus gritos lo que ha ocurrido y le dices que todavía la quieres, a pesar de que se casara con tu hermano pocas semanas después de tu muerte. Pero también le explicas que no puedes seguir con ella. Le dices que necesitas buscar tu propio camino.

—Siento lo de la cama —añades mientras flotas a través del techo.

Dedicas el resto de tu otra vida a ejercer como juez inmortal del Más Allá, haciendo reventar a aquellos que han cometido los crímenes más atroces, y limitándote a hacer explotar las manos de aquellos que se han portado mal, pero que en el fondo crees que merecen una segunda oportunidad. La gente susurra tu nombre con pavor (al fin y al cabo, los criminales son cobardes y supersticiosos), y a ti eso te viene de perlas. Haces muchas cosas buenas por un montón de gente.

Y por si lo dudabas, no, ¡nunca te cansas de reventar a los malos!

Veal 525.

22

Llamas a la puerta de la habitación de Antonio. Acude a abrir vestido con un traje muy elegante. Guau, va hecho un pincel. Voy a describir sus labios como «seductores», sus ojos como «estanques reflectantes en los que tienes la sensación de que podrías ahogarte» y sus piernas como «inseparables del resto del cuerpo».

—Hola, Antonio —lo saludas—. Soy yo, Ofelia. ¿Estás ocupado esta noche?

—Nunca estoy demasiado ocupado para una dama tan guapa —responde Antonio—. Aunque deberías saber que mis noches suelen tener un desenlace bastante... ERÓTICO.

—¡Vaya! —exclamas—. Qué cosa más rara.

—Sí, es como... una maldición o algo así —dice Antonio—. Por una vez me gustaría tener una cita normal sin tener que desembocar en un erotismo de infarto.

—Ya —respondes.

Le preguntas por el erotismo de infarto: *Veal 286.*

Le preguntas qué le gustaría hacer en su lugar: *Veal 291.*

23

Gracias, gracias, eres muy amable.

Déjame plantear la escena: Rosencrantz, Guildenstern y tú subís corriendo a la cubierta al escuchar el grito del vigía:

—¡Piratas a la vista!

Siguiendo la trayectoria del brazo con el que apunta hacia el horizonte divisas un barco que navega directamente hacia vosotros a una velocidad alarmante. Va camuflado con una bandera danesa que desciende a medida que otra bandera negra con una calavera sonriente y unos huesos cruzados se despliega en su lugar. ¡Qué flipe! Por detrás del navío se está preparando una enorme tormenta, los relámpagos impactan en el agua. Barco y tormenta se dirigen a vuestro encuentro.

Es un navío majestuoso, una monada de tres mástiles que alcanza cincuenta metros de longitud desde la proa hasta la popa. Surca el mar con el viento hinchando sus velas: 1400 toneladas de barco, una sinfonía de madera, tela, hierro y latón. Es tan alto como alargado, cada uno de sus mástiles carga orgullosamente con cuatro descomunales velas rectangulares. Una jarcia de pasmosa complejidad se extiende entre cada mástil, sus largueros y el lateral del casco.

Porta veintiséis cañones en el lado de babor y otros tantos en el de estribor, todos ellos cargados y preparados, con las cañoneras abiertas. También cuenta con dos cañones instalados en la proa que apuntan hacia el frente. Por debajo asoma un mascarón con forma de sirena, hermosamente tallado. Más de ciento cincuenta hombres recios y competentes (todos ellos piratas) lo consideran su hogar. Las letras de madera pulidas y pintadas de rojo que están sujetas al casco proclaman su nombre: El temporal de Calipso.

Tú, en cambio, estás en una fiesta a bordo de un barco, el Navitrón IV. Tu barco apenas pesa cien toneladas y el armamento se limita a seis cañones por lado. Cada uno de los dos pequeños mástiles del Navitrón porta una única vela triangular. Los veinte miembros de su tripulación son jóvenes e inexpertos. El capitán, al que apenas conoces de pasada, parece recién salido de la escuela de capitanes, si es que existe tal cosa.

Ahora está a tu lado, repartiendo órdenes a diestro y siniestro. Los marineros izan las velas y corren a la bodega para preparar los cañones.

La escena se ha sumido en un caos apenas controlado, y es entonces cuando escuchas el primer informe de una ráfaga de cañón.

Los dos disparos dan en el blanco. Los piratas están disparando bolas encadenadas, que consisten en dos proyectiles atados entre sí con un aparatoso trozo de cadena, arremetidos en un mismo cañón. Es un ataque diseñado para destruir las velas y la jarcia cuando las atraviesan. El primer disparo rompe una parte de la jarcia de la vela delantera, pero, por suerte, no se han producido daños críticos.

El segundo disparo impacta más abajo y, en lugar de atravesar las velas, decapita al capitán en un instante. Su cuerpo ensangrentado y decabezado se desploma junto a tus pies.



¡Piratas! ¡¡Esto es alucinante!!: *Ve al 463.*

24

—Hola, mamá, ¿qué tal? —le preguntas.

Ella pega un respingo para alejarse de la cortina que estaba toqueteando. Cosas de madres.

Vale, voy a interrumpir la historia en este punto para contarte que esto no va a salir bien para ti, hagas lo que hagas. Le doy la vuelta a una silla y me siento encima a horcajadas, con el respaldo entre las piernas, para informarte de que estamos a punto de tener La Charla.

¿Recuerdas que en esta historia has estado eligiendo entre opciones disparatas y haciendo algunas cosas descabelladas? Esta es la cuestión. A veces la gente hace esas cosas en la vida real, con sus vidas de verdad. No sé por qué, pero son cosas que pasan.

Yo solo lo dejo caer, pero tu madre se ha casado con su cuñado, el asesino de su marido, y sirvió en la boda los aperitivos que sobraron del funeral. Por mucho que sea una reina acomodada que sin duda puede permitirse comprar más aperitivos, decidió hacer eso. No se encuentra en el estado mental más propicio y he estado minimizando su papel en la historia todo lo posible para no avergonzarla y concederle cierto espacio, pero ahora vas a hablar con ella y no puedo hacer nada por evitarlo. Intenta ser comprensivo si actúa de un modo un poco raro.

Vale, ¡se acabó el sermón! Voy a volver a colocar la silla con su orientación normal. Ya no tenemos que seguir disertando sobre nuestros sentimientos.

—Hola, Hamlet —dice Gertrudis—. Oye, estuvo muy feo que estropearas la lectura de Claudio de esa manera.

—¡Yo no estropeé nada! —replicas—. ¡Fue él quien leyó las opciones macabras! Si alguien ha metido la pata, esa eres TÚ, porque te casaste con el hermano de papá y eso sí que está feo, MAMÁ.

Creía que ibas a ser amable con ella.

Tu madre te mira como si te estuviera viendo por primera vez.

—¿Qué vas a hacer: asesinar-me? ¿¿VAS A ASESINARME?? —exclama. Lo que faltaba.

—No, mamá, no voy a asesinarte. —Levantas las manos con las palmas apuntando hacia el frente, con un gesto que esperas que se interprete como «mantén la calma»—. ¿Cómo se te ocurre pensar eso? Ah, ¿lo dices porque llevo una espada? Oye, todos los príncipes llevan espadas hoy en di...

—¡¡Socorro!! —grita con todas sus fuerzas.

Se oye una voz desde el otro lado de la cortina que exclama:

—¿Qué?! ¡Socorro! ¡Ayuda!!

¡Parece que tu madre tiene un espía escuchando a hurtadillas esta conversación! ¿Recuerdas lo que dije antes, acerca de concederle el beneficio de la duda? Pues esta es la ocasión perfecta para concedérselo.

Le dices que hablaras con ella más tarde, cuando esté a) menos desquiciada y b) podáis hablar en privado: *Veal 123.*



Le demuestras que no traes intenciones homicidas matando a quienquiera que esté detrás de la cortina: *Veal 210.*

25

—¿Qué?! —exclama, furiosa.

Me parece que esa no era la frase correcta, *bro*.

—Mmm... —murmuras.

¿Lo intentas otra vez?



¿Y si la frase en clave es: «Vete a un convento»? *Veal 62.*

Pruebas con: «Aserejé, ja, dejé, de jebe tu de jébere»: *Veal 96.*

Pruebas con: «El lobo acecha a la presa desprevenida»: *Veal 282.*

26

Las velas que luce, tres mástiles, cada uno con cuatro velas rectangulares...

—¡Pues claro! —exclamas.

El capitán pirata hizo lo que habrías hecho tú en su lugar: ¡ha elegido el ángulo de ataque más favorable! Avanza con el viento soplando de lleno a su espalda, porque es entonces cuando su barco se vuelve más veloz. Esas velas cuadradas captan el viento de maravilla, y tiene montones de ellas, pero la desventaja es que no es posible ajustarlas rápidamente. Cada cambio requiere que la tripulación suba al mástil y cambie la jarcia de cada vela por separado.



Tú, sin embargo, puedes ajustar tus dos velas triangulares en un periquete, ¡y desde la cubierta! Si te adentras en la tormenta mientras al tiempo que mantienes un ángulo ligeramente opuesto a ella, deberías poder dar la vuelta, mantener la velocidad, dejar atrás el Calipso ¡y desaparecer mucho antes de que pueda empezar siquiera a girar!

Es tu única esperanza.

Bajas el catalejo, cruzas una mirada con el primer oficial y gritas tus órdenes entre el bramido de la tormenta.



«¡Rumbo hacia la tormenta! ¡Velas a barlovento! ¡Aprovechad el viento!»: *Veal 43.*

«¡Rumbo hacia la tormenta! ¡Velas a barlovento! ¡Aprovechad el viento, mis valientes! ¡Arrr!»: *Veal 103.*

28

Tus colegas y tú maquináis un plan. Discurre tal que así:

»Reemplazáis la carta con una falsificación que habéis redactado juntos y que dice:

Hola, rey, ¿puedes asegurarte de que Rosencrantz y Guildenstern reciban unas casas elegantes, sean nombrados príncipes y les concedan todas las cosas guais que deseen, puesto que son dos tipos extremadamente molones? Pero, por favor, no vuelvas a comentar esta carta ni su contenido conmigo, Claudio, el hombre que la está redactando en este momento de verdad de la buena. Si te cruzas conmigo, mencionas esta carta y yo aseguro que no he pedido ninguna de estas cosas, significará que estoy mintiendo. A veces me gusta fingir que no he escrito tal o cual carta, pero todo es una farsa, ja, ja. No puedo retirar estas palabras. Rosencrantz y Guildenstern son la leche. Y Hamlet también es un tío guay. Pero Rosencrantz y Guildenstern son los mejores.

Reemplazas el sello oficial con una falsificación. Como llevas un anillo que tiene el sello real, ¡resulta sorprendentemente fácil! Decides que tus amigos entregarán la carta mientras tú tomas el siguiente barco de regreso a Dinamarca para matar a Claudio. ¡Te encuentras en esta fase de consumación del plan cuando atacan los piratas!



¡¿Piratas?! ¡Nadie dijo que hubiera piratas! Hosti, tú, este libro acaba de ponerse interesante: *Veal 23.*

29

¡Es el fantasma de tu padre, igual que la otra vez!

—¿No te he pedido que mates a Claudio? —dice el espectro—. Hasta ahora, lo único que has hecho es mirar cómo alguien lee un libro y luego matar al padre de tu novia.



—Es... complicado —replicas.

—¿Con quién estás hablando? —pregunta Gertrudis.

—¡MAMÁ, ESTOY HABLANDO CON EL FANTASMA DE MI DIFUNTO PADRE! —gritas—. YA HE HABLADO ANTES CON ÉL Y TODO EL MUNDO LO VIO, NO SÉ POR QUÉ NO PUEDES VERLO TÚ AHORA. NO SÉ QUÉ QUIERE.

—Ay, cielos, ¡estás loco! Mi hijo ha perdido la chaveta —dice tu madre para sus adentros, secándose las lágrimas.

Para ser justos, un pelín trastornado sí pareces. El fantasma de tu padre te recuerda que se supone que tienes que asesinar a Claudio, no a Polonio, y no cree que pegarle gritos a su viuda vaya a servir de algo. «Sé amable con ella», te dice.

—Además —añade—, seguro que está afligida con todo ese asunto del, mmm, matrimonio con mi hermano que sospecho que se traen entre manos, así que a lo mejor podrías hablar con ella de eso.

—¡Pero, PAPÁ...! —exclamas.

—Hamlet —replica él, frunciendo el ceño mientras desaparece.

—ESTÁ BIEN —concedes—. Hola, mamá, mmm, ¿cómo te va? Oye, deja de tirarte a Claudio, ¿vale?

Gertrudis te arrea un bofetón. Puede que eso explique por qué la gente no suele comentar con sus madres los detalles de sus vidas sexuales. ¡Qué cosas!

—Oye, mamá, en realidad no estoy loco, pero no se lo cuentes a nadie, ¿vale? —explicas mientras te tocas con cuidado la zona abofeteada—. Lo que sí es una locura es lo que estás haciendo. Casarte con el hermano de tu marido es indecente; todos lo pensamos. Sé que eso no te hace feliz. Lo sé, mamá.

—Hamlet... —protesta, pero la interrumpes.

—No es demasiado tarde, mamá. Si no puedes ser buena persona, a lo mejor esta noche puedes limitarte a... ¿fingir que lo eres? Y luego puedes seguir fingiendo noche tras noche, y cada vez te resultará más fácil. Y por «fingir que eres buena persona», me refiero a «eludir a Claudio sexual y emocionalmente».

Tu madre se pone a llorar otra vez, pero en bajito. Te mira.

—Está bien —accede—. Está bien.

—Estoy orgulloso de ti, mamá —le dices—. Oye, tengo que irme. Digamos que he matado a Polonio por accidente, así que voy a mantener un perfil bajo durante una temporada.

—Vale —responde ella—. Chafto.



Les dices que sería muy desafortunado que le dijera a Claudio que solo estás fingiendo tu locura, y que como consecuencia de ello tuviera un... «accidente» que le «partiera el cuello»: *Veal 16.*

Pensándolo mejor, te marchas sin decir eso: *Veal 204.*

31

¡Eres Ofelia! Eres una joven hermosa e independiente, y aunque te da un poco de palo cuando piensas en ello, te has enamorado de un príncipe. El príncipe Hamlet es divertido, encantador, y parece que le gustas un montón. Intentas no hacerte demasiadas ilusiones, porque no quieres gafarlo, pero las cosas están yendo de maravilla.

Aunque...

Aunque ha sido duro mantener la relación a distancia mientras los dos habéis estado fuera, en la universidad. Y pese a que te ha gustado mucho estudiar Ciencias con mayúscula, y estás seguro de que a Hamlet le ha gustado mucho estudiar Algo con mayúscula, no ha sido fácil. Ahora que volvéis a estar juntos en Dinamarca para el funeral de su padre y las segundas nupcias de su madre, ha resultado más duro aún. Hamlet está muy triste, y no te extraña, porque, en fin, SU PADRE HA MUERTO, pero ojalá hubiera algo que pudieras hacer para ayudarlo.

Cuando lo viste por última vez, Hamlet comentó que el castillo le parecía frío y ventoso, y por alguna razón eso se te quedó grabado. Llevas un rato sentada en tu escritorio, intentando pensar en algo que puedas darle para echarle una mano con eso. Una forma de animarlo un poco, de recordarle que todavía tiene gente que se preocupa por él. Se pone capas a todas horas, pero se las quita en las habitaciones caldeadas y se las vuelve a poner en las frías. Si hubiera una manera de poder mantener una temperatura uniforme en esas habitaciones, no le haría falta tener que cambiarse constantemente de ropa a lo largo del día. Pero para hacer eso, necesitarías un modo de medir el calor y una forma de transportarlo a través del castillo, tal vez mediante una serie de cañerías...

Tus pensamientos quedan interrumpidos cuando alguien llama a la puerta.

—¿Quién es? —preguntas.

—Soy yo —dice tu hermano—. Venga, déjame entrar.



Le dejas pasar: *Veal 355.*

Le dices que estás ocupada: *Veal 353.*

32

Saludas a Ofelia, pero ella está de morros, intentado devolver los regalos y todas las cartas de amor que le has enviado durante vuestra relación. ¡¡Qué raro!! Parece como si alguien la hubiera convencido de que no eres un buen partido a pesar de todo. A ver, para ser justos, acabas de terminar de disertar en voz alta acerca de quitarte la vida.

¡Jo!

Y aunque sé que estás buscando desesperadamente una opción que diga: «Olvídalo, macho, solo actúa así porque las tías están locas» (qué clase tienes, ¿eh, Hamlet?), no pienso concedértela. Escucha, voy a echarte



una mano. Crees que Ofelia está loca, pero ¿y si...? ¿Y si solo está AC-TUANDO como si lo estuviera?

Al sopesar esa posibilidad, te dices que Ofelia no tiene ningún motivo real para estar tan cabreada como aparenta. Vale, es cierto que has pasado de su culo durante varias semanas, lo cual es propio de una persona egoísta y cretina; pero, por otra parte, esta no es la primera vez que andas metido en tus cosas y estás seguro de que podrá sobrellevarlo como ha hecho antes, con comprensión, y no TIRANDO POR TIERRA LA RELACIÓN EN UNA ESTÚPIDA ESTANCIA DEL CASTILLO. Así que es muy posible que ella también esté fingiendo su locura. Quizá... ¿porque ha averiguado el percal y también quiere asesinar a Claudio?

Decides que necesitas una manera de comprobar si está fingiendo su locura, al mismo tiempo que tú finges la tuya, sin revelar a nadie que pueda escucharos que en el fondo los dos solo estáis fingiendo estar tarumbas. Mmm... ¿Hay alguna frase en clave que puedas usar?



Dices: «El lobo acecha a la presa desprevenida»: *Veal 282.*

Dices: «Nunca te he querido»: *Veal 25.*

Dices: «Aserejé, ja, dejé, de jebe tu de jébere»: *Veal 96.*

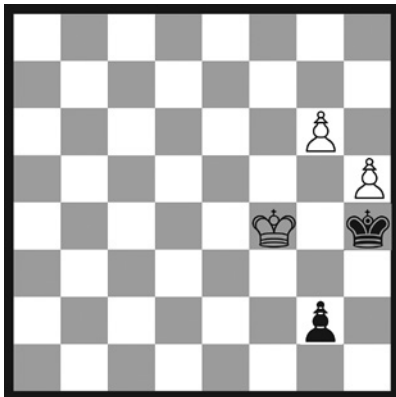
34

Mueves la pieza para bloquear, pero Gertrudis la ignora y realiza un movimiento en diagonal para capturar tu torre. Maldición, ¡tendría que haberme dado cuenta!

¡¡Y tú también tendrías que haberte pisado!!

«Qe5h8», anota Gertrudis. JOLÍN, cómo te gustaría saber qué significan esos números y letras. Ahora tienes dos piezas menos, ¡y una de ellas era buena!

Es difícil recuperarse de esta pérdida, ¡pero debo decir en tu favor que te las apañas bastante bien! A medida que continúa la partida, luchas con valentía, pero finalmente tus piezas se reducen al rey y a un único peón. Menudo papelón, Ofelia. Gertrudis también se ha quedado solo con el rey, pero ella tiene DOS peones para respaldarlo. Así está el tablero.



Ten cuidado: no hay forma de ganar al ajedrez si solo te queda el rey. Ese peón que te queda vale su peso en oro, y perderlo te costará la victoria. Tienes tres movimientos posibles. ¿Qué haces?

Adelantas el peón dos casillas (g4): *Veal 455.*

Adelantas el peón una casilla (g3): *Veal 447.*

Retrocedes una casilla con el rey (Kh3): *Veal 473.*

35

Está bien. Te sientas en el trono. Y como me caes bien, ¡voy a describirte la situación en verso!

*Esta historia que estás a punto de leer
iba a contar cómo tu vida se puso del revés,
pero en lugar de eso, posarás el culo en ese asiento
para ignorar que eres el heredero directo.*

¡Guau! ¡Tengo un *flow* tan guapo que te ha flipado incluso a ti! Empezas a rapear mentalmente sobre tu situación. Estas son las barras que escupes:

*Al oeste en Dinamarca, crecía y vivía,
sin hacer mucho caso a la guardia ni al vigía.
Acuchillaba necios sin cansarme demasiado,
porque por las noches descansaba en el patio amurallado.
Cierta día luchando con un ejército enemigo,
unos tipos de otro reino me metieron en un lío.
Mi padre la palmó y mi madre me decía, una y otra vez:
«Voy a casarme con tu tío, y no es ninguna ordinariéz».*

Sientes que podrías seguir escupiendo versos con una métrica perfecta, ¡pero también crees que ya te has puesto al día lo suficiente con tu propia vida! Bien hecho, príncipe Hamlet. Tu estilo tiene... un bello aire.

Continúas sentado en el trono: *Veal 66.*

36

—¡Abandonad el barco! ¡Tripulación, abandonad el barco! —gritas hacia la tormenta.

Los marineros te miran con pasmo, pero no hay mucho que puedan hacer.

—¿Quieres que saltemos al océano? —grita alguien.

—¡No quiero que saltéis al océano! —respondes.

Sujetas la hoja de tu espada con los dientes y empiezas a trepar por una de las sogas que conducen al barco pirata. Algunos de los tripulantes que tienes cerca se dan cuenta de lo que estás haciendo y se suman, trepando por otras sogas. A mitad de camino, te das la vuelta, agarras la espada con la mano y le gritas al resto de la tripulación:

—¡¡QUIERO QUE OS LANCÉIS AL COMBATE!!

Tus marineros lanzan gritos desafiantes hacia los piratas, corren hacia las sogas y comienzan a trepar.



¡Continúas trepando! *Veal 41.*

37

Arrojas por la ventana los trocitos carnosos de Polonio y cada uno impacta en el suelo con un viscoso «chof».

Recapitulemos: estás cubierto de sangre, en una habitación empapada de sangre, con un puñado de fragmentos de cuerpo ensangrentados desparramados por el suelo cinco pisos más abajo. ¡Alguien está a punto de abrir la puerta y tienes que disimular a tope si no quieres que te pillen!

Te queda(n) 2 turno(s).

Le prendes fuego a la puerta: *Veal 251.*

Atas un cordel en la base de la puerta para hacer tropezar a quien entre en la habitación: *Veal 317.*

Saltas por la ventana: *Veal 202.*

38

Esa es, honestamente, la opción más creíble de todas, lo cual me entristece mucho.

Vale, así que primero has sido Ofelia y después el rey Claudio, ¡pero ahora eres Hamlet! Sinceramente, no me parece que sea un trato muy justo. Oye, colega, me caes bien. No quiero que te quedes estancado siendo Hamlet. ¿Qué te parece si me doy la vuelta un momento para contar hasta diez y cuando no esté mirando...?

Eliges ser Ofelia: *Veal 349.*

39

Aunque parezca increíble, lo de atar los trozos de cuerpo a los globos de aire caliente es la parte fácil. Logras equilibrar la carga (es decir, los cachos de carne humana) entre los globos para que todos puedan flotar. La parte difícil es desplazarlos por esta sala relativamente diminuta y de techos bajos.

Sacas una globo por la ventana, pero en el proceso derribas una antorcha sobre la cortina, que se queda visiblemente chamuscada. Sacas otro, pero vuelcas la cazuela que estaba sobre la chimenea y derramas el estofado por el suelo. Como ya no queda gran cosa que volcar, sacas los globos restantes por la ventana y ves cómo flotan hacia el cielo, llevándose consigo la mayoría de las pruebas de tu crimen a kilómetros y kilómetros de distancia, donde cada una aterrizará en una zona distinta. Y hablemos claro: ¿quién se molestaría en investigar el descubrimiento de un ÚNICO trozo de cuerpo? ¡Esperemos que nadie!

La puerta se abre y entra nada menos que Corambis, ¡el hermano gemelo de Polonio! Lo reconoces de haberlo visto en la corte real.

—He abierto la puerta, así que ya puedes sa... —comienza a decir, pero se interrumpe, estupefacto—. ¿Qué ha pasado aquí?!

Sonríes con un gesto que esperas que resulte reconfortante.

—Como puedes ver, me he tropezado mientras preparaba un estofado —respondes—. Me he tambaleado hacia atrás y he caído sobre la mesa, golpeando la pared, lo cual ha derribado una antorcha sobre la cortina, provocando que casi se prendiera fuego. Mientras arremetía las antorchas resultantes en la estufa para destruirlas sin dejar rastro y prevenir nuevas amenazas de incendio, he volcado el estofado y lo he derramado por todas partes, incluido mi cuerpo.

—Esas manchas que tienes encima parecen de sangre —dice Corambis.

—No, es estofado. ¿Lo ves?

Tras decir esto, deslizas un dedo sobre tu brazo y lames el «estofado». Es asqueroso. Vomitas un poco dentro de tu boca y luego vomitas otro poco en el suelo.

Corambis te mira.

—Digamos que no tengo demasiado talento como chef —explicas.

—Bueno... —murmura Corambis, que después hace una pausa. Se diría que toma una decisión—. Ten cuidado la próxima vez, ¿vale?

—Dalo por hecho, *bro* —respondes. Sonríes.

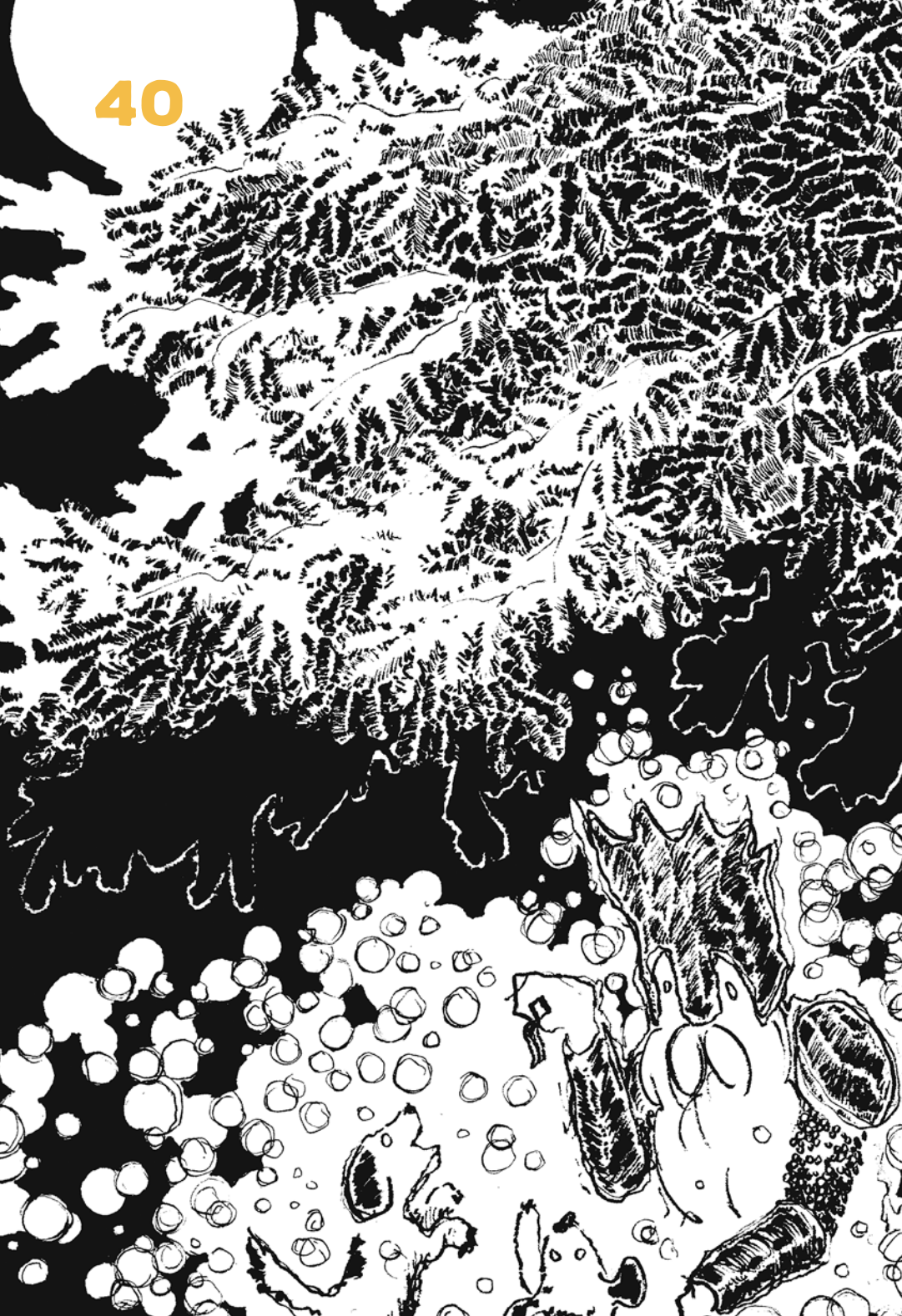
Corambis te mira y se marcha.

¡Enhorabuena! Has ganado 10 puntos de conversación, tu nivel máximo de puntos de golpe ha aumentado en 5 y ADEMÁS has completado la misión secundaria opcional «Nadie echará de menos a Polonio (asesina a ese tal Polonio sin ningún motivo concreto)». Por desgracia, Corambis solo tiene una probabilidad entre dos de dejar caer un tesoro tras la consecución de la misión, y esta vez no ha habido suerte.

Si lo miras por el lado bueno, has matado con éxito a un hombre, aunque no era el hombre al que tenías que matar. ¿Te acuerdas de Claudio? ¡El rey que mató a tu padre?

Sea como sea, antes de que pusieras en marcha este asesinato, ¡estoy seguro de que tu madre quería hablar contigo!

Vas a hablar con tu madre: *Veal 86*.



41 Tu tripulación y tú trepáis por las sogas. A mitad de camino, una explosión sacude el Navitrón IV. Te agarras con fuerza a la soga mientras la fuerza de la explosión te alcanza, propulsando escombros hacia el cielo, llevándose consigo tu sombrero de capitán y alborotándote el pelo. Cuando miras abajo, ves que toda la cubierta superior del Navitrón ha sido destruida, revelando el incendio que se ha originado debajo. Es imposible que nadie haya sobrevivido. Esperas que Rosencrantz y Guildenstern consiguieran llegar a la cubierta a tiempo, pero la tormenta es demasiado intensa para poder ver con claridad a los demás marineros que suben por las sogas, por debajo de ti.

¿Crees que... habrán llegado hasta las cuerdas?

Sí, fijo que han llegado: *Veal 53.*



No, tío, la han palmado: *Veal 94.*

42 —Voy a poner fin a esta locura ahora mismo. Te dejaré vivir —dices.

—Gracias —dice Osric—, pero no, gracias. Si no te importa, prefiero ser un fantasma.

—¡No pienso matarte! —exclamas.

—Vale. Entonces te mataré yo a ti. O, al menos, seguiré intentándolo una y otra y otra vez. No pienso parar hasta que estés muerta, monada. La única manera de detenerme es ajusticiarme.

Parece que lo dice en serio.

Si desatas a Osric ahora, lo más probable es que te ataque. Si lo dejas atado, se soltará tarde o temprano y te atacará. Sea como sea, vas a recibir un ataque por su parte en el futuro cercano, con el que intentará matarte. Por otro lado, ahora mismo está atado, lo cual te concede una ventaja significativa en la cuestión del «quién mata a quién».

Lo dejas atado y te escapas: *Veal 405.*

Lo matas ahora: *Veal 155.*

43 Tu tripulación ha ajustado las velas. Mientras viráis hacia la dirección del viento, la marea que hasta el momento se ondeaba a vuestro favor, ahora avanza a la contra. Unas olas inmensas y cubiertas de espuma rompen sobre la cubierta.

—¡Agarraos, muchachos! —gritas hacia el temporal.

El barco se escora, está a punto de volcar a causa de la brusquedad del giro, pero las velas se mantienen secas y la maniobra tiene éxito. Mientras el navío se endereza, divisas el Calipso al frente, acercándose, todavía a gran velocidad.

Lo único que tienes que hacer es dejar atrás ese barco y serás libre.

—¡Mantened el rumbo! —gritas mientras los dos navíos se aproximan entre sí. El Navitrón pasa de largo por la derecha.

Al mirar a la tripulación del barco pirata, ves cómo se apelotonan en la jarcía, ajustando sus velas lo más rápido que pueden. No les dará tiempo a hacerlo.

No debería.

Pero no están intentando virar. Y tampoco están intentando situarse en paralelo para disparar sus cañones. En vez de eso, han girado el timón con fuerza hacia el puerto, trazando una curva cerrada con el navío. Están intentando embestirte, Hamlet.

—¡Todo a estribor! ¡TODO A ESTRIBOR! —gritas, pero no hay tiempo.

El Calipso se estrella contra el costado de tu barco a toda velocidad. La tripulación y tú caéis sobre la cubierta mientras el Navitrón está a punto de partirse en dos. Te levantas a duras penas y ves que el navío ha conseguido mantenerse de una pieza por los pelos, atravesado por la inmensa proa del Calipso. Pero el barco está herido de muerte. ¡Se está llenando de agua, Hamlet!

Cuando atisbas entre la tormenta, ves cómo arrojan unas cuerdas por la borda del barco pirata. Los piratas se están deslizano por ellas, con las espadas en ristre, confiando en mataros y en llevarse todos los objetos de valor que encuentren antes de que el Navitrón zozobre. Dado su estado actual, más vale que se den prisa.

Y más vale que tú también, ¡decidas lo que decidas hacer a continuación!



¡Ordenas a la tripulación que abandone el barco. ¡Después abordarás el navío pirata!: *Veal 36.*

Ordenas a la tripulación que abandone el barco. ¡Después bajas a la bodega para rescatar a Rosencrantz y Guildenstern!: *Veal 438.*

44

Lanzas una estocada con todas tus fuerzas, estableciendo contacto con su codo izquierdo a toda velocidad. Tu espada atraviesa la carne con facilidad. El pirata grita y trata de atacarte con el otro brazo, pero un segundo después también se lo has amputado a la altura del codo.

Los dos os quedáis mirando sus brazos inservibles, tirados en la cubierta, uno de los cuales sigue aferrando su espada. De repente se te